

Los árboles son astas donde el viento impa-
[sible
estremece banderas libertarias y francas.
Otras veces son mástiles de algún barco
[imposible
donde fingen las nubes velas grises o blan-
[cas.

¡Oh, esa aldea de brumas, con olor a can-
[ciones
y tristezas marinas (Vieja nave hecha aldea,
te asemejas a aquellos desolados pontones
que arrojó hasta las playas una enorme
[marea).

Todo en ti es lejanía. Inquietud. Sed de via-
[je.
un deseo de irse por las rutas ignotas.

Las pupilas se cansan frente al mismo pai-
[saje
y el oído se llena de canciones remotas. . .

Todo en ti es sed de viaje. La querida al-
[deanita
se me fue no sé adónde. . . yo la quise y la
[quiero.
(Es tan triste esta aldea). Era rubia y bo-
[nita
y se fue una mañana por un nuevo sen-
[dero. . .

Esta aldea parece una barca viajera
que las furias oceánicas arrojaron al llano.
¡Hay en todas las cosas un dolor marinero
y nostalgia en las almas por un puerto leja-
[no!

Molino. Valparaíso, 1935.

FERNANDO BENVIGNAT

Las torres de La Serena

Torre de San Francisco,
tus campanas de bronce
tocan en dísticos.

La voz de la Colonia
fatigada de tanto
contar las horas.

Torre de Santo Domingo
tus campanas se aureolan
de azul marino.

La voz de los misales
bordando de letanías
el villancico del aire.

Torre de la Catedral,
tus campanas cantan
en madrigal.

Coro de la epifanía;
deslumbra de claridad
el diamante del día.

Torre del Tránsito,
tu campanita lejana,
entre sueños, sonando.

Su voz de plata
va encendiendo de rosas
los alabastros del alba.

Torre de la Merced,

la fiesta de tus campanas
es de oro y miel.

Prodigioso cantar:
la ronda de los infantes
en noche de navidad.

Torre de San Agustín,
tus viejas campanas
repican en gris.

Tu campana grande va surcando el día.
¡Oh claro recuerdo de Booz
y de Ruth moabita!

Torre de los Misioneros,
tu campana es
un anillo de oro en el viento.

Un anillo de oro en el viento:
la corona de un salmo
o la guirnalda del evangelio.

Torre de Santa Inés:
¿tu campana sonó alguna vez?

Torre de las Carmelitas,
tu campana en mi barrio
es una dulce amiga.

Es una dulce amiga
que apenas conocemos
los que amamos la vida.

Torre del Seminario,
alero de corazones
tu campanario.

Porque, mañana a mañana,
de cada corazón
has hecho una campana.

Torre de los Capuchinos,
tu campana romántica
de su flor los domingos.

Canción de los gitanos
por los caminos.

Ciudad de bronce. Imprenta Universitaria, 1932.
Págs. 38-41.

ARTURO TORRES RIOSECO

Romance de Talca

La pizarra de tu cielo
fue clave de mi sonrisa,
ciudad donde yo pasé
ensueños de golondrina.
La loa que yo quisiera
tiene una intención satírica;
cuando quiero maldecirte
se me hace la pluma mística.
No sé qué tienen tus calles
mugrientas y renegridas
que el fango se me hace rosas,
mosaico la pedrería.
Encontré por un sendero,
don que nadie lo adivina,
hojas verdes en el alma,
prestigio de maravilla.
Intentos que fueron alas,
alas trenzadas de envidia,
sueños blancos de poeta,
puntas negras de mentira.
Recuerdo de un amor muerto
de tedio en cualquier esquina,
intervención imprudente
de Dios y la policía.
Yo recuerdo de sus senos
las dos turgencias altivas,
sus dientes sobre mi alma
como filos de cuchilla.
Atomos que se levantan
Río Claro a las orillas,
pulverizados de sol,
escala de oro hacia arriba . . .
¿Quién pregunta qué se han hecho?
Azules globos en día
de primavera, en el aire
mi esperanza suspendida.
Azucenas en jardines
de Talca, bocas floridas
en promesas de quince años . . .
cosas soñadas y vistas
cuando sangraba el crepúsculo,
perfumadas clavelinas
y mariposas de oro
se morían en las picras.

En piedra fría de iglesias
clavadas mis dos rodillas
y mis cabellos envueltos
en rumor de sacristía.
Andaba yo por el éter
porque era el mes de María,
y me sabía a Versalles
destartalada Placilla.
Abstractamente maldigo
de todas tus porquerías,
ciudad que estás en mi alma
alertargada y cosida;
abomino de tus casas
de loca bellaquería,
de tus burdeles morados,
negrura de tus cantinas,
hielo vivo en tus escuelas,
en tus iglesias morfinas,
aceradas puntas negras,
envenenadas espinas.
Metidas llevo en el pecho
aquellas agujas finas
disparadas al ocaso
desde torres vespertinas;
y en mi boca los sabores
dulces, frescos, de sandías,
sandías rojas de sangre,
deleitosas, agua viva.
Cuando iba yo por tus calles,
prodigiosa algarabía
de olores iba en el viento,
como lengua que repica
de bronce de unas campanas
en una atmósfera tibia:
el cura de la parroquia
les echó el agua bendita.
Mi paladar está grueso
de tus mieles amarillas,
de mirar tanto tu cielo
tengo claras las pupilas;
no sé cómo definirte
ciudad de gitanerías,
tus fealdades me hicieron
poeta naturalista.